

DOMINGO IV (C) (Lucas, 4, 21- 30)

*** Jesús nos enseña a, no sacrificar la verdad, por los aplausos de este mundo ***

- En este Evangelio, llama poderosamente la atención: el frontal rechazo que sufre Cristo de sus propios paisanos aunque confesaban que, **“estaban admirados por las palabras que salían de sus labios”**

- Cabía esperar que, de aquella brillante intervención de Jesús en la Sinagoga de su pueblo, se felicitaran los presentes y se sintieran orgullosos de contar con un paisano tan ilustre. ¡Pero no fue así!

Unos reaccionan con cierta displicencia: “¿No es este Jesús, el hijo del carpintero?”. Y otros, “queriéndolo precipitar por un barranco”.

¿A qué obedecen estas actitudes?

- La reacción de los primeros es más comprensible: veían, al que hasta ahora habían tratado como un vecino más, ¡nada menos, que de maestro de la Sinagoga! ¡Y que se identificaba con el Mesías, con el Hijo de Dios!

- Pero resulta inaudita, la reacción de los violentos.

¿Qué explicación puede tener aquella actitud tan agresiva?

- Si se me permite la ironía, podríamos decir que a Cristo, aquel día, ¡le faltó diplomacia! Podría haber evitado aquel enfrentamiento con sus paisanos si hubiese estado más, “políticamente correcto”, (como se dice ahora), y no les hubiera reprochado su falta de Fe. Que se hubiera limitado a hacerles algún milagro, como en otros lugares, y..., ¡ todos tan contentos !.

- Pero, ¡no! El Señor prefirió actuar con criterio sobrenatural, y eso le llevó a decirles la verdad y a mostrarles que, aunque pertenecían al pueblo elegido, (¡no es lo mismo *pertenecer* que *ser!* y, por su falta de Fe, no eran merecedores de que hiciera allí milagros. Además, les puso los ejemplos de la viuda de Sarepta y de Naamán el sirio que, sin pertenecer al pueblo elegido, sí fueron escuchados por Dios, *porque tuvieron Fe*. Y como aquella comparación y aquel reproche les “escoció”, Cristo recibe el rechazo de los suyos, estando a punto de ser despeñado por sus vecinos.

- El que Jesús prefiriera no sacrificar la verdad, a cambio de un pasajero éxito humano, encierra una gran lección, de mucha actualidad, para los predicadores de hoy que, a veces, podemos seguir teniendo la tentación de, “tratar de quedar bien” a costa, de la integridad de la verdad, presentando:

- Una religión fácil, “light”, que no produzca rechazo.

- Una religión, al alcance de las solas fuerzas humanas.

- O de, no predicar determinadas exigencias costosas de la moral para no ser tildados de *integristas*.

- A ejemplo de Jesús, ¡no sacrifiquemos la verdad, por las lisonjas humanas! Lo que está muy en consonancia con aquella enseñanza de San Pablo: “No es acomodéis a las formas de este mundo”.(Rom., 12, 2) *Guillermo Soto*

